Un hombre que no cree en el destino

JOSÉ STALIN

El vencedor de vencedores*

Emil Ludwig (1945)

Entre las paradojas del marxismo aplicado figura también el dogma según el cual es el número, y no el individuo, lo que hace la historia. Sin embargo, en ninguna parte el culto a los héroes está más desarrollado que en las dos naciones que –aunque sea por razones muy diferentes– se defienden durante todo el día contra el individualismo: los Estados Unidos y Rusia. Ningún jefe de Estado autoritario ha visto su figura exaltada tan alto, tan unánimemente divinizada como Stalin. Cuando a él mismo le hice ver esta contradicción, me contestó: “No hay una sola palabra al respecto en Marx; se trata de una pura invención de los profesores alemanes. Entre nosotros, el factor personal, el hombre considerado como expresión de la voluntad popular, desempeña por el contrario un papel importante”.

Así hablaba en 1931, durante la única entrevista que tuve con él; es cierto que duró tres horas, que se había preparado con cuidado y que después su publicación corrió a cargo de los rusos. Desde entonces, lo único que he podido hacer de vez en cuando es comparar las palabras que me dijo con las que ha dicho en conversaciones ulteriores, ya sea que se hayan hecho públicas o que se hayan mantenido en la esfera de lo privado, pero que se remontan todas a estos últimos años; porque, en realidad, sólo desde hace cinco años es cuando se vuelve menos inaccesible. Sin embargo, en conjunto siguió siendo igual a sí mismo, y después de éxitos tan inmensos, eso es una señal que habla en su favor. Stalin no tiene nada de la

* Traducción del alemán de Raymond Henry (1945). Traducción del francés de Arturo Vázquez Barrón (2003).

megalomanía que caracterizaba a los dos dictadores caídos; incluso, a él le preocupa mucho menos su gloria que a la mayoría de los líderes democráticos de nuestra época.

A sus ojos, hay dos cosas infinitamente más importantes: la grandeza de Rusia, por un lado, y por el otro su propia revancha, la de él, Stalin. Estos dos objetivos, los mecanismos más profundos de su acción, nunca están –si lo entiendo bien– en contraposición, sino que se ligan y se hermanan. Así como los historiadores caen en el error, ya de silenciar la ambición de un hombre de acción, ya de interpretarla como debilidad, en lugar de reconocer en ella el sublime motor de las aspiraciones humanas, así los rusos, igualmente, han tomado del mundo capitalista este viejo defecto y afirman que su jefe no piensa día y noche más que en el comunismo y que lo único que pretende es hacerlo triunfar.

En realidad, Stalin, quien fue al principio un revolucionario fanático y salvajemente internacionalista, que no pensaba más que en su clase y nunca en su patria, poco a poco se volvió un gran nacionalista ruso, y ello, no obstante, sin renunciar en absoluto a sus ideales. Si actualmente los dioses le dijeran: “Elige. ¿Prefieres que mañana el mundo sea comunista o que Rusia gobierne el universo?”, optaría seguramente por el segundo término de la alternativa, y añadiría: “¡Vaya! Por el solo hecho de la hegemonía rusa, el mundo sería comunista”.

Aquellos que quieren juzgar a Stalin en 1945, es decir en la cima de su poder, tendrían que haberlo estudiado en sus comienzos, como intenté hacerlo a grandes rasgos en un libro que escribí sobre él. Todo revolucionario, una vez que se ha vuelto jefe máximo, poco a poco se vuelve conservador durante el periodo constructivo: tan sólo vean a Cromwell. Trotsky, nacido para ser un eterno revolucionario, perdió la partida, precisamente porque no evolucionó lo suficiente en el sentido constructivo.

El hecho de que los mecanismos de la ambición se unen en Stalin a los de un nacionalismo cada vez más marcado, se ve, por ejemplo, en que obliga constantemente a sus aliados a desplazarse para ir a verlo, y en que rehúsa desplazarse él mismo para ir a ellos. Es una satisfacción que se da, al mismo tiempo que se la da a su país. Pero, en él, hay un segundo rasgo que resulta de una importancia capital: se trata de la revancha que se juró a sí mismo obtener, y cuya voluntad se expresa en su mirada escrutadora, y sobre todo en su tenebroso silencio.

Porque Stalin es menos locuaz que todos los demás conductores de pueblos de su tiempo. Mientras que Roosevelt le hablaba dos veces por semana a la prensa, es decir al mundo, Stalin habla tal vez dos veces al año. El lado oscuro de su naturaleza, el cual, de manera muy esclava, iluminan de pronto repentinas carcajadas, tiene su origen manifiesto en el deseo de vengarse de todos aquellos que alguna vez lo combatieron.

Para entenderlo, es conveniente no olvidar que a él le llevó más tiempo que a ninguno otro de los actuales jefes del mundo llegar al poder, y que para lograrlo disponía de menos medios que ellos. En efecto, después de haber sostenido, de los 15 a los 35 años, una lucha incesante contra la clase dirigente, después de haber tenido que sufrir cinco destierros y muchas más condenas, después de haber pasado toda una larga juventud en la ilegalidad permanente, sin poder expresarse más que en revistas prohibidas y en reuniones clandestinas, todavía le hizo falta, durante otros quince años, aspirar en vano a gobernar. Más aún, de los 35 a los 50 años no se le permitió trabajar en un primer plano. Siempre veía que las candilejas iluminaban a varios de sus compañeros de partido, incluso cuando, desde las sombras en las que se mantenía, él mismo ejercía ya una gran influencia. La conspiración, la intriga y la policía secreta le resultaron constantemente familiares, en un sentido pasivo primero, y activo después.

Fue sólo después de haber exiliado a Trotsky, en 1929, cuando en verdad se volvió el primero en el partido y en el Estado. Pero incluso entonces se vio precisado a instruir, durante años, el proceso de sus antiguos camaradas y a condenar y mandar ejecutar a un gran número de ellos, antes de poder gobernar solo, según su entender. Poca gente conoce hoy los pormenores de estas luchas intestinas que no terminaron sino hasta 1940, con el asesinato de Trotsky. Stalin, cuyos métodos no difieren en lo esencial de los de los otros dictadores, hizo que todos, amigos y enemigos, tocan tierra. La evolución posterior resultaba luego tan fácil de prever que, en un libro que data de 1938, escribí que Stalin sería el único dictador que sobreviviría a la guerra que se avecinaba.

¿Por qué razón, a pesar de todas las violencias, él no podrá nunca terminar como Hitler y Mussolini? ¿De dónde sacamos que a Stalin, sin importar cómo haya muerto, lo cubrirán de laureles, lo tallarán en mármol y lo fundirán en bron-

ce? El solo hecho de haber ganado una guerra, por más gloriosa que haya sido esa victoria, no sería garantía suficiente para tantos honores.

Todos aquellos de nuestros contemporáneos a quienes no ciega el eslogan de la “amenaza bolchevique” conocen la razón siguiente: Stalin dirigió el movimiento del porvenir, mientras que los dictadores caídos dirigían el movimiento del pasado. Todos, incluso siendo adversarios del comunismo, deben reconocer que la idea decisiva del siglo, a saber, la igualdad social, primero la llevaron a cabo los rusos, o por lo menos intentaron hacerlo, mientras que los demás trataron de poner en práctica un nacionalismo desgastado. Eran el siglo XIX rezagado. Pero ellos, los rusos, mostraban el camino del siglo XXI.

Lo anterior no impide que los gigantescos éxitos militares de Stalin, que rebasan los de los otros aliados, no podían dejar de crearle lazos cada vez más profundos con el pueblo que consiguió esos triunfos en el campo de batalla. El hecho de que Stalin, junto con Chang Kai-chek, sea el único estadista de nuestro tiempo que haya sido su propio generalísimo, transformó al revolucionario, que al principio estaba al servicio de una idea, en un hombre al servicio de su patria. Cuando en Stalingrado detuvo la conquista del mundo llevada a cabo por un aventurero, actuó precisamente como un ruso que quería detener a su poderoso vecino y echarlo de su país. Más aún: ya en su primera campaña, cuando Stalingrado se llamaba todavía Tsaritsin, fue él quien, como general, hizo que el destino cambiara, y tal vez de manera más decisiva que Lenin.

Cuando le pregunté, en nuestra entrevista, si tenía la impresión de ser el sucesor de Pedro el Grande, se echó a reír, con su risa baja y atronadora, y se burló de semejante comparación. Pero cinco años más tarde dio la orden de exaltar a Pedro el Grande, haciéndolo héroe de una película nacional, y hoy todo niño de escuela está obligado a compararlo con él.

La única diferencia es que Stalin, muy lejos de desear obtener, como Pedro, enseñanzas de Europa, lo que desea, por el contrario, es proporcionarle a Europa su conocimiento. Los Estados Unidos, que están mucho más emparentados con la Rusia moderna de lo que se figura la mayoría de los norteamericanos, para Stalin no sirven sino para proporcionarle máquinas. Antes, en ciertos aspectos –al menos en mi presencia–, parecía que sobreestimaba la pretendida igualdad nor-

teamericana. Hoy, en cambio –quiero decir el año pasado–, escuché a Donald Nelson contar cómo, en su entrevista con Stalin, éste había tomado un lápiz y, a una pregunta del norteamericano en la que le pedía decirle lo que los Estados Unidos deberían venderle después de la guerra, había escrito: “Digamos, por ejemplo, 50 000 locomotoras”. ¿No es ese el tono de un Gulliver, o de un Gargantúa?

Ese lápiz lo recuerdo muy bien, y, para hacer la confesión, diré incluso que lo sustraje del escritorio del dictador. Stalin, en efecto, tiene la costumbre de dibujar sin descanso cuando recibe a alguien; no son nervios de su parte, pero así tiene un pretexto para no mirar a su interlocutor. Esta costumbre le cuesta al Estado ruso una montaña de papel, una hoja tras otra de misteriosas figuras esféricas o angulares, que se divierte en prolongar a la derecha o a la izquierda. Una sola vez, cuando le hablaba yo de Trotsky, trazó rápidamente unas rabiosas líneas retorcidas.

Stalin sabe esperar. Si me fuera preciso definir su principal cualidad, diría que es la paciencia. Pero al cabo de una espera tan larga, ahora quiere recoger los frutos. Y tiene derecho a hacerlo, por haber sido él mismo el artesano de sus inauditas victorias. “No soy más que un alumno de Lenin”, me dijo en dos ocasiones; pero yo discernía muy bien, a través de estas palabras, que no era más que pura propaganda. Desde esa época, uno de los mayores escritores de la nueva Rusia me decía: “Si lo perdiéramos, le levantaríamos un mausoleo todavía más vasto que el de Lenin”.

Hoy tiene la posibilidad de que las generaciones presentes y futuras le concedan todos los títulos de los que disponen; no sólo reconstruyó totalmente el inmenso imperio ruso y supo explotar en diez años riquezas naturales que a los norteamericanos les llevó un siglo poner en relieve –ciertamente, con la técnica mucho más primitiva de aquella época–, sino que también, más tarde, en el momento del peligro supremo, defendió a Rusia, para lograr finalmente derribar a su formidable vecino. Con respecto a Lenin, no tendría yo problema en comparar a Stalin con Branly, quien inventó la telegrafía sin hilos, ya que Hertz había descubierto las ondas antes que él. Pero al mismo tiempo, Stalin fue también el Marconi de esta idea, en cuanto que supo organizar su tarea a una escala gigantesca.

Stalin conoce a los alemanes y sabe sacar partido de sus debilidades. Próximamente debe trasladarse a Berlín para la reunión de los “Tres”, y recordará quizá

una pequeña aventura que le ocurrió en esa ciudad en 1906, aunque los profesores teutones pretendan que nunca se ha parado por ahí. Esta es la anécdota, que él mismo me contó, para burlarse de la mentalidad disciplinada del ciudadano alemán:

Nos habíamos trasladado a la estación de Charlottenburgo, mis camaradas del partido y yo, para ir a una reunión que se estaba llevando a cabo en el centro de Berlín. Era tarde y llevábamos prisa. En la puerta que da al andén, el empleado encargado de perforar los boletos no estaba ahí. Y yo, sin pensarlo dos veces, me disponía a pasar para subirme al tren. Pero mis compañeros me detuvieron: el hecho de que el empleado no estuviera en su lugar no autorizaba a nadie a pasar al andén con el boleto sin perforar. Y ahí tiene a mis revolucionarios alemanes clavados en su lugar, como la multitud hipnotizada ante la línea trazada con gis en el suelo, hasta que, carcajeándome, pasé delante de ellos y los obligué a seguirme.

Ahora Stalin sabrá poner esta cualidad específicamente alemana al servicio de sus intereses, puesto que nadie se dejará seducir más fácilmente por la educación rusa que los prusianos, cuya pasión es la de obedecer al Estado y al uniforme. Reinar sin reservas sobre la vieja Prusia, Sajonia, Turingia, una parte de Mecklemburgo, es decir tal vez sobre una buena mitad de Alemania, tal es el premio supremo que su victoria le confiere a Stalin. Al mismo tiempo, se venga una vez más de aquellos de sus antiguos camaradas a los que condenó a muerte y que, hace más de veinte años, fracasaron en lo mismo en lo que él acaba de triunfar.

Y más: lo increíble se lleva a cabo. Unos seis Estados europeos se vuelven comunistas, y *sin revolución*. El nacionalista, en Stalin, le abrió el camino al revolucionario; y su vejez ve caer sobre su delantal los frutos maduros que su oscura juventud había intentado recoger mediante la violencia. Empezó saqueando un banco y terminó como terminan los grandes banqueros.

Si se piensa que Stalin no aspira a ninguna de las satisfacciones con las que los jefes de Estado burgueses engalanan su existencia —mujeres bonitas, dinero, obras de arte, y aunque no fuera más que una colección de timbres, como Roosevelt— se entiende mejor la silenciosa manera que tiene de vengarse del universo capitalista que lo despreciaba hace algún tiempo, cuando invita a sus representan-

tes a una conferencia. Cuando después de haberlos hecho hartarse de champaña y caviar, no los suelta sino al sonar las cinco de la mañana, tal vez se ríe con todo el bigote, metiéndose él mismo a la cama a las cinco y media. Es justamente en este papel en el que sus mejores adversarios ideológicos más lo aprecian. Las palabras finales que oí rodar de los labios de Roosevelt, en enero de ese año, la última vez que lo vi, fueron: “Stalin is all right!”, pronunciadas con una sonrisa.

Sin embargo, este tipo de naturalezas solitarias, lentas y pesadas, nada olvidan de lo que les hicieron; tienen el tenaz rencor de los elefantes. Debido a que, en su vida, a Stalin nadie le hizo nunca ningún bien, le resulta más fácil conservar en la memoria todo lo malo que le hicieron. Un pequeño país como Suiza se pronunció contra la entrada de Rusia a la Sociedad de Naciones, pues bien, eso tiene que pagarlo caro, aunque tal actitud se deba al error de un político y no a la voluntad del pueblo helvético. Y por buenas que parezcan hasta ahora las relaciones entre Stalin y Churchill, el primero no olvidará que el segundo, hace veinticinco años, quiso aplastar el comunismo.

Si a esto ustedes replican que un verdadero gran hombre debería estar por encima de tales sentimientos de represalia, es que han aprendido a conocer a los grandes hombres en los manuales escolares, y no tal como son, de carne y hueso.

Y no obstante, al final de este breve bosquejo que resume lo que escribí en un libro de trescientas páginas, necesito expresar mi profunda convicción de que, a pesar de todo, y teniendo plena conciencia de los peligros que tal cosa lleva implícitos, veo en la vida de Stalin una de las garantías de la paz europea. Creo firmemente que su muerte precipitaría la próxima guerra, en vez de alejarla.

Cuando, después de tan enormes éxitos, se gobierna una nación como amo indiscutible y se va llegando a los setenta años, no se ponen en juego, en una nueva guerra, tantos resultados obtenidos, a menos que se sea un fanático o un neurasténico. Ahora bien, Stalin es el prototipo del equilibrio intelectual y de la salud. Después de quince años de una labor casi sobrehumana, en ningún caso querrá arriesgar el todo por el todo, simplemente porque los ingleses lo presionan para que renuncie al 20% de su programa en Polonia o en Trieste. Y por su parte, tampoco Churchill tendrá mayores deseos de correr el mismo riesgo. Mientras más tiempo pasen en el gobierno hombres como estos, más tiempo tendrán de envejecer en el poder, y más asegurada estará la paz del mundo. Bismarck, satu-

rado de victorias, desde los 55 años puso fin a su trayectoria triunfal y resolvió ya no hacer la guerra en ningún caso, aunque haya tenido la posibilidad de atacar Francia todavía en dos ocasiones más. A partir de cierta edad, hasta el mujeriego empieza a sentar cabeza y a preocuparse de su familia más que por tener nuevas aventuras.

Cuando le pregunté a Stalin si creía en el destino, me respondió con su voz sorda: “No. No creo en el destino. Esas historias estaban bien para los griegos, que se sentían guiados por dioses o diosas cualquiera. Yo no tengo el alma mística. Si me pregunta usted si hay un sentido oculto en el hecho de que no me hayan matado durante la revolución, no puedo decirle más que esto: cualquier otro, tanto como yo, podría estar hoy sentado en mi sillón”.

Eso no impide que durante diez años haya hecho todo lo posible por alejar a los demás de ese sillón. Pero durante ese tiempo dio pruebas de lo que era capaz: se reveló constructor, legislador y un jefe de guerra de primerísimo plano. En estos momentos, es el hombre más poderoso del planeta, al ser el único que no puede ser derrocado. ❧